

Cosquillas

30 céntimos

Con permiso de ustedes me voy a zurcir este siete, porque no tengo otro traje y... no creo que tengan ustedes interés en verme desnuda. ¿Cómo? ¿Qué?





Núm. 4 de nuestro Concurso de piernas.

CO/QUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Administración:

EDITORIAL 1927

Oficinas: Campomanes, 12

APARTADO 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II Madrid, 15 de Octubre de 1927 Núm. 55



DIALOGUITOS

Los de las mamás de algunas niñas bien

—¡Cuánto bueno por mi casa, mi querida doña Circulación!...

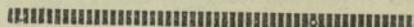
—¡Felices, doña Patidifusa! No me agradezca la visita. He venido a matar un poco el tiempo porque mi niña ha subido a casa de un literato, de la que es entusiasta. Uno que vive aquí cerca. Y como esta Finitina mía es tan independiente, pues me dijo: "Mamá, no subas conmigo, porque ese hombre está solo en su casa y no quiero ofenderle con tu presencia... Además, que me quiero convencer de si es un caballero perfecto."

—Pues puede que a estas horas, si está solo, como dice su niña, se lo esté demostrando...

—¡Cuánta maldad hay, doña Diosincrasia; cuánta maldad!

—¿Se refiere usted a lo que dicen de su Finita, doña Lupita?

—¡Justo! ¡Qué infamia! ¡Decir



PRubio

—Por qué beberá tanta agua este señorito?..

Dib. de P. Rubio.

que mi nena se sentaba delante de los casados para lucir las braguitas!...

—Con esas cosas, lo que van a conseguir es que su hija se desate y se siente en la misma forma, pero sin braguitas.

—Aquí, en confianza, doña Reverberación: ¿dónde compra su niña esa ropa tan excelente que usa siempre?

—Si quiere usted que le diga la verdad, no lo sé. Ella dice que casi todo lo bueno que usa le ha tocado en las tómbolas de las fiestas elegantes...

—Yo creo que nuestras hijas nos dicen la verdad. La mía dice que los zapatos que estrenó ayer se los regaló un señor chileno, que es un perfecto caballero, que no se permite con ella ni el tocarle un pelo de la ropa.

—¡Y puede que sea verdad! Ya ve usted: la mía sale todas las tardes con un señor viudo, de Almagro, que le ha comprado ya cuatro trajes y once pares de medias; todo ello dentro de la más exquisita corrección.

—¿Y usted no le conoce?

—¡Ca, amiga mía! ¡Si cuando se va a Almagro no se entera más que mi niña!

TELÓN CORTO.

Un poco de paciencia, poca, para las Postales de Demetrio y Picó. Un poco de paciencia, poca, para FRIVOLA





Cuarenta en Apolo, cuarenta en Martín, treinta en la Zarzuela, cincuenta en Pavón, veinte en Romea, veinticinco en la Latina, diez en Novedades... Unas doscientas muchachitas lindísimas se aplican hoy en los teatros de Madrid a ese menester denominado "señoritas de conjunto". La competencia para alcanzar una de estas plazas adquirió caracteres de batalla campal. A primera hora de la tarde se formaban las colas en las calles en que están enclavados los teatros de referencia.

Las aspirantes se contemplaban de reojo. Los transeuntes se paraban para admirar tanta cara bonita. Se asomaba la gente a los balcones... Pacientemente iban penetrando las muchachas cuando llegaba el empresario. Entregaban sus cartas de recomendación—¡las más ilustres personalidades!—y se aprestaban al interrogatorio y al examen previo de aptitudes.

En algunos teatros—yo ni lo afirmo ni lo niego; "relata refero"—las tomaban medidas de contornos. (Nos referimos, claro está, a la "aspirante desconocida", no a la segunda tiple que tiene ya su público y su crédito).

Las que eran rechazadas partían con un rictus de amargura en los labios.

Las que eran admitidas, brincaban, pizpiretas, de contento.....

Pero hoy las tornas es han cambiado o yo estoy hecho un taco. Las que actúan se hallan arrepenidas y gozosas las que quedaron fuera. ¡Oh, engañosa apariencia de las cosas! Las ocho pesetillas de soldada, las ocho pesetillas que parecían incabables para comprar garbanzos, apenas llegan para pagar piadosas. Cada estreno es la ruina. La obligación de tener zapatos de calle de dos o tres

colores para escena, más otros de tísú, más "maillotes" y medias de la más rica seda y de la más rica gama de colores; el gasto de pinturas; los "monos" y "culotes" para ensayos, y los vestidos para tipos corrientes en cuadros de sainete, todo ello a coste de las interesadas, presupone unos cientos de pesetas. Los días de nómina se pueblan los pasillos del teatro de sombras en acecho que van quitando duros de la mano a todos los que pasan. Cuando arriban al cuarto los artistas llevan solo unas perras.....

Pero entonces... ¿cómo se solicitan esos puestos con tan sañudo ahinco?... ¿Por qué millares y millares de muchachas bonitas cifran en obtenerlos su ventura?...

¡Cosas del viejo régimen! ¡Leyendas que tardan en desvanecerse! ¡Cuentos chinos!...

Parece ser que cuando funcionaban las Cortes, el gremio de segundas tiples estaba singularmente favorecido por los diputados rurales. El diputado rural en Madrid, lejos de los suyos, se aburría y encontraba refugio en los cuartos de las segundas tiples. Pero, malos legisladores—ya hemos quedado en que eran malos legisladores—, en vez de proponer a las Cámaras un proyecto de Ley que regulase el trabajo y remuneración de las segundas tiples, creían cumplidos sus deberes ciudadanos socorriéndolas privadamente de su propio peculio.

Eran aquellos los buenos tiempos de la muchacha farandulera; los tiempos del abrigo de pieles, de las cenas opíparas, del auto o toda hora, de los bolsos repletos de billetes de Banco, de las alhajas deslumbrantes.....

Así se formó la leyenda. Pero aquello murió. Murieron los

diputados y los senadores. (También los senadores se mostraban altruistas con las nenas). Se hizo un largo silencio en la vida política y se fueron a sus distritos los caciques rurales para no volver nunca.

Si las chicas supieran de estas cosas, hubieran renunciado desde aquél punto y hora a seguir en una profesión que ha menester de valedores parecidos.

Las deseo que, con su agudo ingenio, encuentren el sustitutivo cuanto antes. Todo está en proponérselo. De lo contrario se impone la renuncia.

Los puntos de las medias en lugar de ser puntos suspensivos serán puntos finales.

LEOPOLDO BEJARANO

Adquieran a toda mecha el número extraordinario de la "Biblioteca de Cosquillas", 60 céntimos; y en seguida en seguida, el Almanaque de los Bailes.



¡Las ilusiones que habéis despertado hoy!...



CONDESCENDENCIA DISCULPABLE, por Demetrio.

—¡Eres una infame al suponer eso de mí!... Si yo me dejo abrazar fuertemente por tu novio, es con el fin de que haga gimnasia de brazos.

—¿Sí, rica? ¡Pues cada día está más flojo!



Cosas de Belorcio

Un gesto de Napoleón

Echemos por delante—¡siempre por delante!—, que este Napoleón no tenía nada que ver con el marido de la veleidosa Josefina. Acaso cierta concomitancia adiposa en el escorzo de la panzuda humanidad de ambos Napoleones. Pero nada más. Entre Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, y Napoleón M. Rebolledo, dueño de la sastrería “El Corte de Mangas”—primer apellido de Rebolledo—, había una distancia que no la franqueaba ni Levine. Nuestro Napoleón no tenía nada de heroe, ni de conquistador.

En cambio, su mujer, Felisa—Lisa, la llamaban sus íntimos, que hacían cola, por cierto—era una cosa muy seria.

No entraba cortador en la casa, bien parecido él, a quien Lisa no hiciese sucumbir bajo el fuego de artillería de sus ojos. ¡Qué ojos, lector pudibundo! ¡Qué ojazos!



Ella.—¡Caballero, yo no puedo aceptar ese collar porque soy casada.

El.—¡Eso no importa! ¡Que lo lleve su marido algún ratito!

¡Qué ojazos! mejor dicho, porque todo ponderativo es atómico parangonado con la realidad.

Pues, ¿y el cuerpo? Desde el cuerpo de casa al mejor de los cuerpos montados, ninguno tan bien como el de Lisa.

Curvas tobogánicas, suaves desniveles, turgencias compactamente gelatinosas. Y todo él emanando un vaho afrodisíaco, enervador, adormecedor, lujurioso...

Ahora vengo.

... ..

Ya está.

Bueno, pues Lisa y Napoleón se llevaban muy mal, naturalmente.

Napoleón pasaba por todo, ¡y cómo pasaba! ¡Cuán pastueño! Pero con lo que no transigía en modo alguno era con que le tocasen a un dependiente.

En cuanto veía a su mujer coqueteando con un cortador, se excitaba el hombre de tal modo, que no daba bien ni la vuelta de un billete de veinte duros. Para cobrar cuarenta pesetas, devolvía veintitrés setenta y cinco y decía que en paz.

Particularmente en el caso que nos ocupa, la indignación de nuestro paciente protagonista, no tenía límites.

—¡Que te estoy viendo de venir! ¡Que te estoy viendo de venir, Lisa!—gruñía Napoleón cuando se desnudaba en la intimidad de la alcoba.

Lisa ocultaba un guiño picaresco y fingiendo asombro.

—¿A qué te refieres, Napoleoncito?—interrogaba.

—¡A tus cocueteos con Espiridión! ¡Que tú te crees que yo no me percato... y es verdad! Pero se percatan los demás dependientes y me lo dicen... Y ya está bien de

cocueteos, Lisa, ya está bien. Me vas a hacer de perder los estribos un día, y como yo me arranque...

Lisa, frente al espejo del armario de luna, ahogaba la risa tapándose la boca con la mano larga, blanca y suave digno remate del brazo gordezuelo que arrancaba del busto opulento en el que...

Vuelvo en seguida.

... ..

Ya estoy aquí otra vez.

Lisa y Espiridión se fugaron. Y sarcasmeándose de Napoleón, se fugaron en un magnífico automóvil recientemente comprado por el marido.

¡Cuán equivocados los adúlteros, que pensaron en la resignación del engañado!

Napoleón, por primera vez en su vida, tuvo un gesto.

Requirió un calzador; con su ayuda se encasquetó el sombrero, y fue al Juzgado de Guardia, refiriendo al juez entre babosos espurreos de indignación la fuga de su esposa y del cortador...

—Cálmese—le aconsejó el juez— y extienda la oportuna denuncia por raptó...

—¿Por raptó? ¡No, señor juez! El caso es muchísimo más grave. Yo no suscribo una denuncia por raptó, ¡¡¡sino por robo!!!

—Pero, ¿no se ha llevado a su esposa?

—Sí, señor... ¡¡Pero lo horrible es que se ha llevado el automóvil!!

BELORCIO



El.—¡Infame! Jurarme que el “chófer” no te tocaba nada; que no era ningún primo. ¡Ya lo creo que no!



EDUCADORA DE DONCELLAS, por Pico.

La amiga.—¡Tienes una doncella muy bonita!
La doncellita.—Es favor que me hace la señorita...
La señorita de la casa.—¡Ya me has sobornado cuatro doncellas, y ya empiezas a adular a ésta!...
La amiga.—¡Es que las enseñas tan bien!... ¡Se encuentra una tan bien servida con las doncellas que han estado a tu servicio!...

La casquerita

Recuerdo que cuando yo era joven... (yo cuento en la actualidad cuarenta y ocho años, y no cuento más porque no me sale del lado izquierdo) habitaba con mi familia un elegante pisito del barrio de Salamanca, en donde, por la módica cantidad de quince tronchos, teníamos, a más de las habitaciones consiguientes, gas, thermostifón, teléfono, gramófono, sala de espera, irrigador, sumidero y toldo, y teníamos también una vecina, madrileña ella y buena moza ella, que partía los corazones..., el bofe, las asaduras y cuantas manos de carnero entraban por la casquería de la que era dueño su señor padre; un gachó más cerrado que un comercio en domingo.

Era "vox populi" que el Sr. Salus se había hecho rico a fuerza de darle la lengua a todas las menegilladas del barrio, según confesaba la parroquia.

(Supongo que encontrarán ustedes natural (de Chiclana) que las de la parroquia confesasen.)

Y érase el caso que Luisilla, la casquerita, tenía un musulmen y un caderamen, como para dar a luz a la sala y que saludase el maestro.

Mas, un día, sucedió lo increíble, lo inesperado, lo absurdo (emocionense ustedes), lo que hizo trinar de vergüenza a todas las viejas solteras de la populosa, y temblar de envidia a todas las niñas tablas y a todos los pollos frutas de los contornos, que estaban por Luisa que se mordían hasta el contrafuerte de los zapatos, hasta el punto, que aquel día—cosa absurda al parecer—tragaron cordilla casi todas las mininas del distrito, ya que el Sr Salus en un momento de enagenación mentalísima, regaló a manos llenas las existencias de su establecimiento.

La cosa no era para menos.

Luisilla y este modesto servidor de ustedes hasta la rigidez, salimos a dar un paseo después de comer y ¡oh, qué tarde!..., que tarde se nos había hecho cuando, después de dar al compás de un organillo más vueltas que una cambiante, pensamos en regresar a casa.

Yo traté de convencerla de que no llegaría a una resma las voces que le diera su padre, y ella se asustó, vo-

ciferó, lloró, se desmayó y dijo que *nonés*.

Yo le solté la rima y le solté el sostén y ¡señores, qué escena!...

Los dos sentados en un banco, ella con la respiración jadeante y la cabeza apoyada en mi hombro, diciéndome (diciéndome ella, no la cabeza).

—Ya se me pasa, ya se me pasa, pero yo no vuelvo.

—¿En qué quedamos, se te pasa o no se te pasa?

—No vuelvo, pero se me pasa.

Yo me acordé de cuando jugaba al billar y solté un taco, mientras ella, cogida a mi cuello, suspiraba:

—Haz de mí lo que quieras, pero llévame de aquí, porque si no... ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!, ¡si acabaré llorando yo que siempre reí!

Yo, al verla en aquel estado, tuve una idea, que si la tiene Romanones lo canonizan.

Pensé en la marcha del tren; pensé en la fuga del vapor; en las cafeteras exprés, y en un pariente mío que en Mindanao vivía a costa de una dama. Era un tío; y al observar que para lo de la fuga era la hora justa, a equitativa, y estábamos en el banco, hice arqueo de mis bienes, y al comprobar que en mi Haber tenía

tan sólo un real, algo escaso, y una caja de cerillas, cogí un mixto... y me fuí con Luisa en butaca de tope, hasta Málaga.

El viajecito en el furgón de cola fué algo como para no recordarlo.

Básteles saber a ustedes que cuando Luisa me demostró que tenía un cuerpo como para plasmarlo, se marearon las maletas, y un baúl salió rodando terraplén abajo, mientras yo pensaba:

—¡Las vueltas que da el mundo!
... ..

La historia que acabo de transcribir a ustedes, nos la contó Juanito Godínez, una tarde que fuimos a visitarle en el Sanatorio donde le habían recluído a causa de un acceso de locura, y al recordar, aunque él aseguraba que se hallaba casi restablecido, que no había estado nunca en Madrid y que, por lo tanto, no había vivido con su familia en el barrio de Salamanca, no pudimos menos de sonreír irónicamente y decirle, al tiempo que le dábamos unas cariñosas palmaditas en el hombro:

—¿Por qué no nos cuentas ahora uno de ladrones?

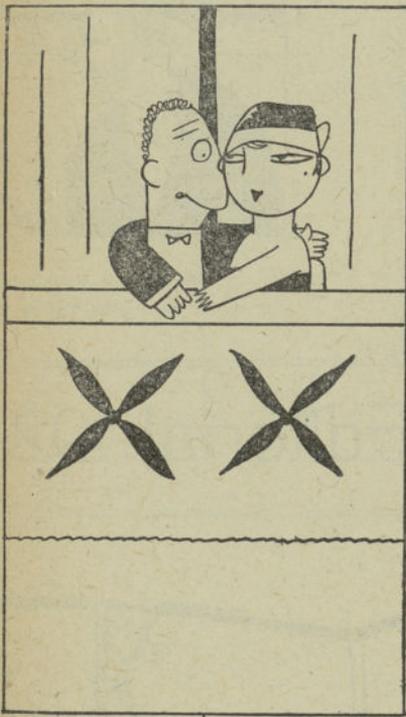
RAMÓN MARTÍNEZ-ALVAREZ



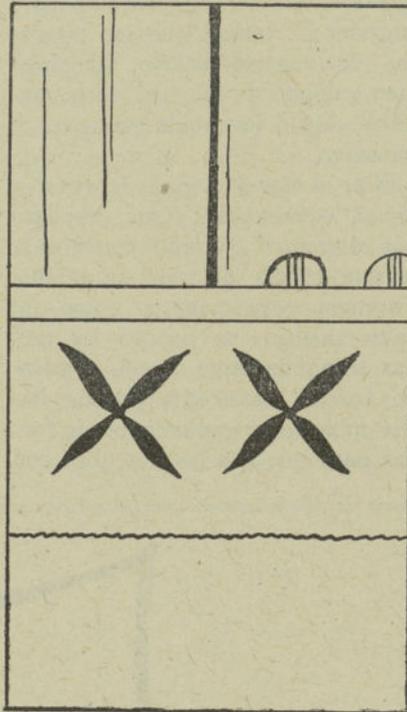
El.—Si lo que peor le ha sentado a mi mujer es saber que tú estás enamorada de mí...

Ella.—Pues si es eso lo que la molesta, le voy a decir la verdad.

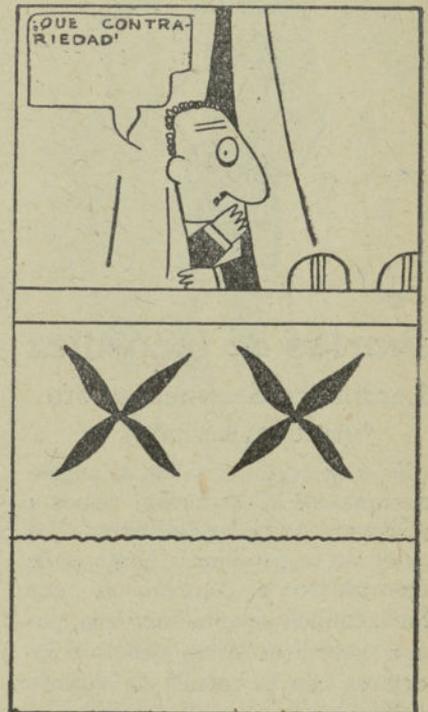
Un susto en el palco del cine (por MIHURA)



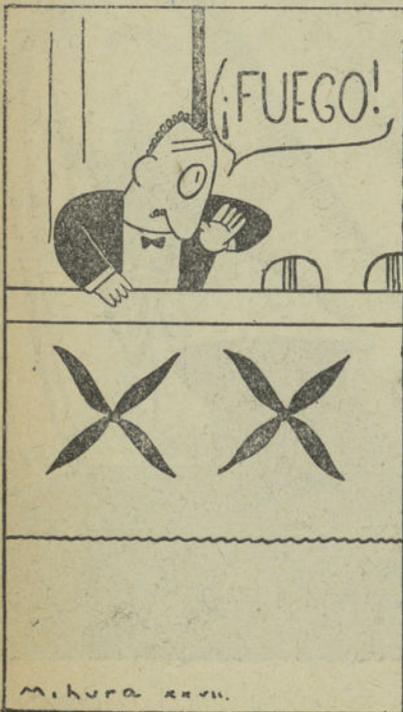
I



II

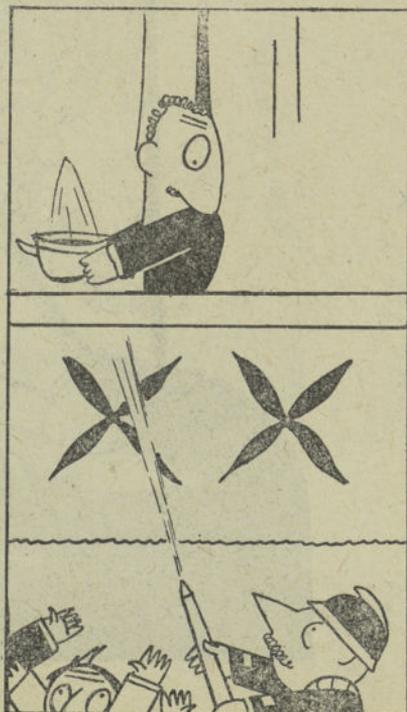


III



Mihura xviii.

IV



V



VI



Charlas de Incórdiez

Lecciones de buen gusto

(SEGUNDA LECCIÓN)

En esta segunda salida al angosto campo de la distinción, vamos a espatarrarnos sobre el tema "La mujer de tu prójimo": Después de recomendaros el cumplimiento que el mandamiento sagrado ordena, paso a instruiros cómo debéis comportaros con la costilla de vuestro vecino.

Ante todo, necesito que os figuréis que la esposa que me sirve de sujeto en esta lección, es una tía despampanante, de esas que le hacen a uno subirse a las columnas del tranvía. Una vez metidos en situación, atendedme como si yo fuese el maestro Vives, que, aun cuando cuente que se le ha descomulgado el vientre por haberse comido unos cangrejos podridos, se le escucha con religioso silencio y no falta en el corrillo un historiador que plasme en una cuartilla el sublime momento en que el maestro... Bueno; ¡no quiero tonterías!

Una vez que os creo aferrados a la idea de que la mujer de nuestro prójimo es descacharrante de guapa, comienzo la lección.

Si es vuestra vecina por ventura, habéis de estar pendientes de no cometer una incorrección, puesto que la proximidad y su mucha belleza, pudiera haceros quebrantar vuestro deseo de ser galante dentro de la más austera corrección; por ejemplo, si cuando os hacéis la barba tras la vidriera de

vuestro mirador y cuando os pasáis el rastrillo de la *gillette* por el montículo de la nuez, veis por el entreabierto balcón de enfrente a la moradora de aquel piso que anda de un lado para otro *in puribus*, debéis suspender el rasurado, para proceder al cerrado de las persianas de vuestro balcón, teniendo buen cuidado de que una de las tablillas quede levantada para ver a mansalva.

Ella, al darse cuenta de vuestra acción, exclamará "¡Qué caballero más decente!", y aun convencida de que habéis dejado una tablilla levantada para poneros como un choto ansioso, se pondrá las medias tranquilamente frente a vuestro balcón, satisfecha porque habéis cubierto elegantemente las formas para que ella las descubra con



—¿Será verdad lo que decían de mí que a este hijo mío le tira la servidumbre?

Editorial 1927-A



CORTA DE GEL

—¡Qué triste vida es la de una mujer de veinte años a la que no



¿De mi mujer y aquel cochero?... ¡Por-
vidumbre, que se enajena!

la aparente justificación de que no miraba nadie.

A vosotros no os digo nada: habéis cumplido con la sociedad cerrando la persiana; si por la tablilla que habéis dejado levantada queréis cumplir con vosotros mismos... ¡allá ca uno!

Ahora van ustedes a hacerme la merced de seguirme; estamos subiendo la escalera de nuestra casa; ante nosotros sube la mujer de nuestro prójimo luciendo unas piernas ¡que pa qué! Los pies los lleva calzados con unos zapatos de ante color vino, con los tacones negro mate; las espléndidas pantorrillas enfundadas en unas medias gris perla, por cuyo final nos entra una curiosidad de elefante.

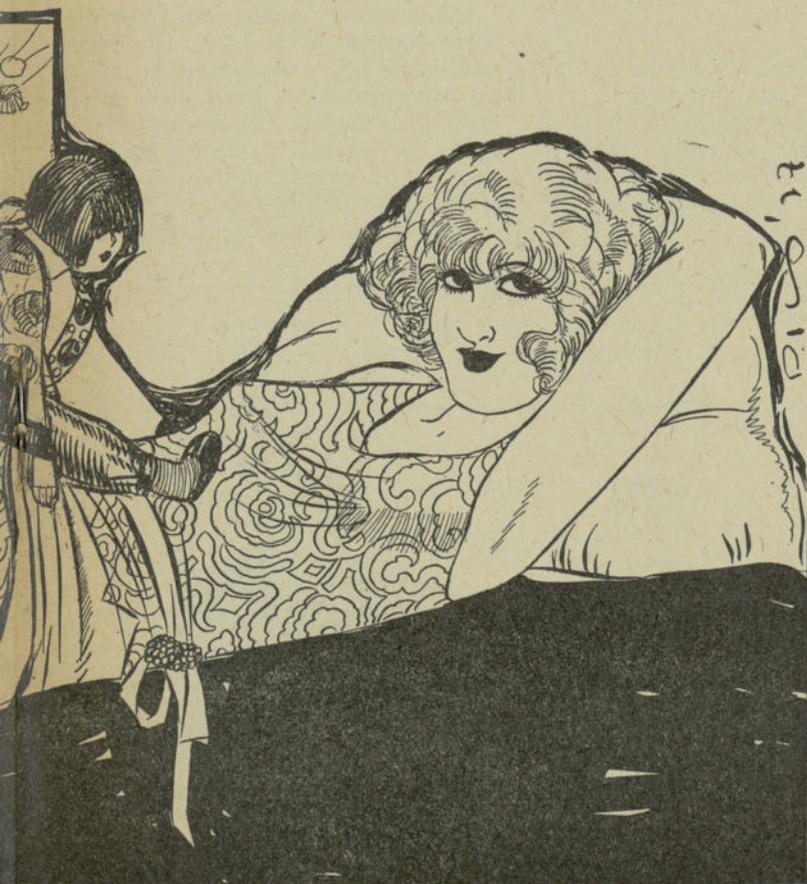
Sube despaciosa y ondulante; nosotros, que hemos empezado a



El modisto.—¡Está usted espléndida!,
con ese "chal" vale usted doble.

Ella.—Entonces cincuenta pesetas.

Apartado 8.032



GENIO, por Picó.

no dejan regresar a casa a las cinco de la madrugada!

abrasarle las piernas con el fuego de nuestros *chisos*, nos acordamos de repente de que somos unos caballeros españoles, bajamos nuestros ojos, que ya teníamos duros, como cocidos, y nos damos cuatro o cinco porrazos contra la barandilla, para castigar nuestra incorrección.

Claro está que debemos darnos las calabazadas de modo que ella lo note, para lo cual debemos esperar a que ella suba por el tramo superior, pillándola de lado y desde abajo, que es desde donde no se pierde el más mínimo detalle. Desde allí, en lo que se golpea uno (flojito), la del sombrero, se mira para ver si ella se ha fijado en el homenaje que le hace nuestra cortesía y nuestro respeto.

Si al mirar vemos que no lleva más ligas que las del corsé y que es más morena que parecía... ¡paciencia! Pero ella se habrá dado cuenta de que nosotros mismos nos hemos castigado por el casi involuntario desacato de haberle visto las *patas*, y sonreirá complacida, y... puede que suba los escalones que le falten muy despacito, pero... ¡de cuatro en cuatro!

INCÓRDIEZ,

árbitro de elegancia.

¡Se compran botellas y sifones!



Las grandes novelas modernas

La mujer que quiso ser mozo de Estación

(Fragmento de una novela de 400 páginas que estoy haciendo ahora por las mañanas, mientras me calientan el café, y que pienso publicar en breve para convertirme en uno de esos novelistas de moda que reciben cartas perfumadas de gachís, preguntándoles qué hay que hacer para ser amadas y preguntándoles a qué hora sale el autobús de Vicálvaro.)

Acurrucadita entre almohadones de vistosas cretonas, somnolienta hún, en la cama turca del coquetón gabinete, Isabel-Ana, **desperezose** (1).

Tenía la boca seca, la lengua saburrosa y un bonito pijama *noir* con vueltas de raso, que le ceñía sus hermosas formas.

También tenía un precioso gato al que no se veía por allí porque estaba en la cocina.

Haciendo un esfuerzo y haciendo polvo al levantarse un bonito jarrón de Talavera *blau* y *blanche*, se dirigió a la *fenêtre* (2).

Por la calzada, hombres y mujeres transitaban de prisa buscando el refugio de sus casas. *Ouí. De leur maisons.*

Los autos pasaban veloces, rodando sobre sus neumáticos, que daban vueltas. También pasaba algún que otro perro, y, de cuando en cuando,

(1) Conviene que los protagonistas tengan nombres compuestos, ya que esto gusta mucho en Alicante.

(2) Esto de meter en las descripciones alguna que otra palabra extranjera, también conviene mucho

una perra. Ahora, que estas últimas, pasaban con menos frecuencia.

Con la frente apoyada en los cristales y un dedo metido en la nariz. Isabel-Ana pensó en él.

¿Vendría? ¿No vendría?

¡Bah!... Era mejor no preocuparse. Al fin, sería lo que el destino dispusiese.

Rió, rió traviesa al pensar en la pasada noche. ¡Qué locos! ¡Luis-Andrés qué loco! ¡Qué loco José-Ernesto! ¡Qué loco Jorge-Juan! ¡Qué locos todos!

Se habían emborrachado en el cabaret, con esa alegría triste del cabaret que, a pesar de ser triste, es alegre. Porque el cabaret no es alegre, es triste, y aunque parezca que encierra una gran alegría, sólo encierra una gran tristeza. (*Aquí, como toda esta clase de novelas, se arma uno un jaleo con el cabaret.*)

¡Bah, qué loca era!...

¡Bah! (*Esto de "bah" conviene repetirlo trescientas o cuatrocientas veces en el transcurso de la obra, porque hace muy bonito.*)

¡Bah!...

¡Bah!...

Y después de todo, ¿para qué era la vida sino para divertirse?

(*Este pensamiento gusta mucho a todas las niñas que están estudiando la carrera de piano, y desde el momento que lo leen, admiran al autor y a su padre.*)

Sin embargo, ahora estaba triste. ¡Bah! Si no viniese no tendría ella la culpa...

Y es que Antón-Martín era celoso como la mayoría de los hombres que se lavan los pies.

Sentía celos de que ella fuese al cabaret con unos amigos y de que se emborrachase, y de que se sentase encima del *maitre*, y de que se encerrase en una habitación con un músico, y estuviese allí dos horas. ¡Sentía celos de todo!

Y es que era andaluz. Pues aunque había nacido en Torreledones, había estado dos días en Cabra con un amigo. Y esto bastaba para comprender sus exagerados celos.

Pero Isabel-Ana le quería. Le quería porque tenía buen corazón... Porque llevaba unos bonitos calzoncillos de seda y porque no decía nunca *nos w'amolao*.

Le quería mucho. ¡Le quería!

Sonó el timbre.

¿Sería él?

Bah, no. Era el lechero que traía el elemento blanco y nutritivo.

Volvió a sus meditaciones. Comprendía que ella era una loca. Que no sabía hacer feliz a un hombre, ni sabía hacer arroz con leche. Pero no lo podía remediar. Desde pequeña, desde que jugaba al diábolo en el Retiro y la gustaba meterse en las apreturas, había sido así.

Recordó su niñez (*Aquí recuerda*



—¡Me da mucha vergüenza decirlo..., pero quisiera ver de cerca a un sátiro!

íntegra su niñez, y con esto se llenan veinte páginas).

...Y es que su madre no había sabido educarla. La pobre, sola, sin recursos, no había tenido tiempo de atenderla.

Pensó en su madre.

Su madre era de Valladolid. De joven había tenido los muslos muy gordos y había sido muy guapa. *(Aquí se le coloca al lector toda la juventud de su madre, y se llenan otras veinte páginas).*

¡Pobre mamá! ¡Qué joven murió de la gripe!

Sonó el timbre.

¿Sería él?

¡Bah, no! Era el de *El Heraldo*.

¡*El Heraldo!* ¡*El Heraldo!* Este nombre le traía grandes recuerdos a su memoria. Su padre había sido cajista de imprenta, como el Julián de "La Verbena de la Paloma", de Bretón. *(Conviene, de cuando en cuando, presumir de culto).* Era un hombre serio, afeitado; tenía un lunar en la espalda y un bastón de cerezo en la bohardilla... *(Aquí se coloca toda la cédula personal del padre, y son otras treinta cuartillas que se hinchan.)*

¡Pobrecillo! ¡Lo atropelló un Ford en la calle de Peligros!...

Sonó el timbre.

¿Sería él?

¡Bah, no! Era la hermana de la criada. De María-Emilia. ¡Buena chica María-Emilia! *(Ni que decir*

El.—*Te regalaré cinco mil pesetas si me perdonas.*

Ella.—*¡Como abusas de mi bondad y de mi inmenso cariño!*



tiene que aquí también se encaja la vida de María-Emilia).

Sonó el timbre.

¿Sería él?

¡Bah, no! Era el chico de la tienda.

Se impacientaba Isabel-Ana.

Hacia un rato que habían dado las siete y media, y él salía de su oficina a las siete.

Recordó su oficina. Era un edificio alto de seis pisos. Primero estaba el bajo; encima, el primero; encima, el segundo; arriba, el tercero; más arriba, el cuarto; sobre éste, el quinto, y, por último, el sexto. Las puer-

tas eran de madera, y las ventanas tenían cristales.

El salía de allí a las siete. Cruzaba Alcalá y subía por la acera de la izquierda. Si encontraba un amigo, lo saludaba. Si no, no. Luego se metía por la calle de Sevilla, cruzaba las Cuatro Calles y seguía por Príncipe. Bajaba por la calle del Prado y se metía por la calle del León... *(Y así se sigue describiendo el itinerario hasta llegar a la casa de ella, que está en el paseo de las Delicias).*

Sonó el timbre.

¿Sería él?

¡¡Sí!! ¡¡Era él!!

Conocía sus pasos. Pasos fuertes de hombre aficionado a hacer cuentas de multiplicar.

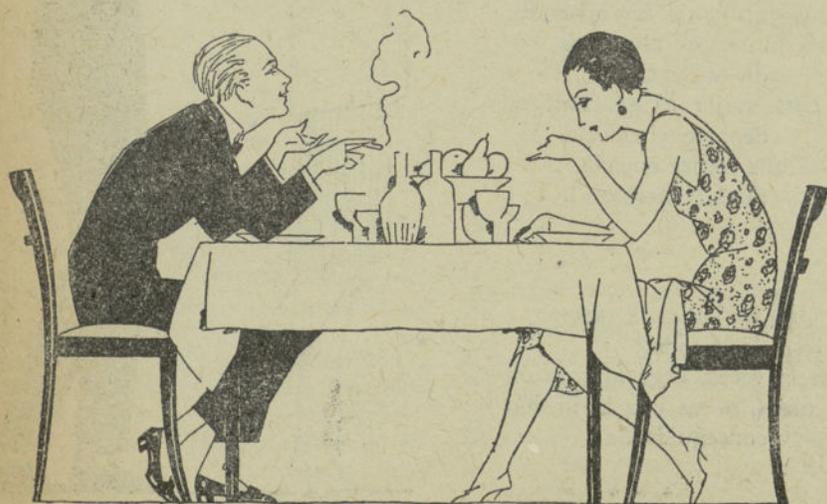
Entró Antón-Martín en el gabinete.

—¡Hola, chiquita!—dijo—. Y se sentó en una hermosa butaca que tenía cuatro patas.

Y como ella notase en él un gesto extraño, un gesto de ironía, un gesto de pena mezclado con algo de *caliondas vulgares*, fué hacia él, y en una sonrisa exclamó:

—No dudes de mí, Antón-Martín.

Yo soy buena, aunque ~~las~~ apariencias me hagan parecer mala. Yo no soy mala. Soy buena. Toda mujer buena parece mala. Y yo no lo soy. Yo es que soy moderna. Que amo el *charles* y el *black-boton*, que amo el *cock-tail* y el *rimes*, que me gusta viajar y fumar y beber *char-treux*. Y que como no tengo dinero para hacer grandes viajes, disfruto viendo partir los trenes contem-



RECIENTES CASADOS

El.—*¿No eres feliz? ¿No te gustan los muebles de nuestro nido?*

Ella.—*Te diré... La cama es demasiado ancha.*

plando baúles y portamantas, mirando los termos y las tortillas de jamón... ¡Oh, la alegría ruidosa de las estaciones!... Pero la sociedad no comprende esto, porque la sociedad es antigua y no comprende lo moderno... ¡Oh, la sociedad!

Luego, sintió calor y dijo:

—¡*Quel chaleur!*

Antón-Martín fué hacia ella y acariciándola sus cabellos, en una mueca amarga, exclamó:

—Si la sociedad es mala porque no comprende. *Il ne comprend pas.*

Y la besó en la boca, en los ojos, en la nariz, en los oídos, con besos de amante, de marido, de novio, de tío segundo, de pariente lejano... Con besos castos y, a la vez, lujuriosos, que hicieron palidecer a Isabel-Ana de voluptuosidad.

También ella le besó, poniendo el calor de sus venas en sus besos, callados, glotones, lujuriosos...

Y ella, Isabel-Ana, la mujer frívola, la mujer que quiso ser mozo de estación, lloró de felicidad y de placer...

En la habitación sólo se oía el crujir de algo...

Fuera, un hombre voceaba inútilmente, gomas para los paraguas...



Una boda "yanque".



—¡*Qué ganas tengo yo de bañarme como mi señora, por lujo!... Porque ella no tiene sucio más que el pasado.*

¡Qué tonto! ¡Si hubieran sido para otra cosa!...

Como ven ustedes, es sencillísimo. Todo es cuestión de cara dura y de tener cuartillas en abundancia.

¿Comprené vous?

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Miura.)

Una mujer...

Una mujer es una flor en el jardín de la existencia.

Una mujer es una gota de esencia.

Una mujer es un compendio de arte y ciencia.

Y si una mujer engaña, pues, ¡paciencia!

Una mujer es la razón de la vida, que, a veces, llega al corazón y, otras, se va con la ilusión conseguida.

Una mujer es un ensueño realizado.

Una mujer es como un dueño a quien amor nos une esclavizado. Una mujer nunca es beleño, que una mujer nos quita el sueño.

Una mujer es una flor en el jardín de la existencia. ¡Con licencia... voy a aspirar el olor de una Hortensia).

PABLO TORREMOCHA

FOTOGRAFÍAS GALANTES: RARAS
Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correo

Escribid a Excelsior, Poste Res-

tante Central

BORDEAUX (FRANCIA)



—¡*Pepito, no te excedas, que mamá está durmiendo y no quiero despertarla con mis protestas.*

Historietas para el the
EL AJEDREZ

Míster Arthur Moore era un inglés injerto en andaluz, de una atracción altamente simpática. Su permanencia en Gibraltar, que le permitía continuamente convivir con los naturales de Algeciras, La Línea, etcétera, donde contaba con grandes amigos de colmado, hacía de Mister Arthur un inglés flamenco y marrullero, capaz de inventar una fábula en la cabeza de un alfiler sin alterársele un músculo del rostro. Una tarde, en que los chatos de La Campaña habían puesto más locuras que de costumbre a nuestro amigo Arthur, nos colocó la siguiente historieta que, por su regocijo, lleva la marca de fábrica del narrador.

Yo tengo un amigo—decía Míster Arthur—a quien quiero con toda mi alma. Compañeros de Instituto, camaradas de aventuras juveniles y hermanos en la adversidad o en la alegría, hemos convivido en una fraternidad inquebrantable hasta para los negocios.

Mi amigo, que se llama Edgar, fué comisionado por la importante casa Afard Glasglow Limited Compañy, de la que ambos somos corredores, a hacer un amplio recorrido por Cuba, para colocar lo mejor posible una inmensa partida de tejidos hilados que teníamos en "stock".

Mi amigo, fiel cumplidor de su cargo, recorrió Matanzas, Cienfuegos, etc., y en todas partes dejó colocado un no despreciable surtido de nuestros productos.

Pero, no contento del resultado, pensó en aprovechar el viaje haciendo escala en diferentes puntos del camino de enlace, visitando bohíos, haciendas y factorías.

En mitad del viaje, la casa le envió orden de detenerse en un pueblo de los más grandes del itinerario, con objeto de dejar instalado un almacén-stock, que sirviese para abastecer toda la isla con más rapidez.

Y mi amigo Edgar, flemático como buen inglés, aterrizó en el poblado, instalándose previamente en compañía de un matrimonio negro,



—¡Ay perrín; si tu pudieras leer lo que este señor me dice en esta carta, le odiarías como a un rival!

Dib. de Demetrio.

bien acomodado, mientras preparaba el almacén que se le ordenaba.

El matrimonio patrón de mi amigo, era la antítesis el uno del otro. El era un negrazo recio, vigoroso, de una fea cabezota, cuadrado, de pelazo hirsuto, de ojos saltones y dientes de lobo, y unos puños capaces de poderle disputar el campeonato del mundo de los pesos pesados al propio Tunney.

Ella, en cambio, era una negra guapa, de ojos rasgados e inquietos, de labios gordezuelos y sensuales, con un busto macizo y magníficamente torneado que invitaba al asedio aun sin querer.

El negro tenía una pasión dominante; el ajedrez. Su placer favorito era este complicado juego, y como mi amigo también sentía cierto cariño por él, se daban cada hartazgo

de peones, reinas y alfiles que daba mareos.

El *moreno*—como llamaba mi amigo a su patrón—poseía un tablero de juego bastante deteriorado por el uso, y a insinuaciones de mi amigo, que se empeñaba en regalarle uno flamante, lo rechazaba sonriente, diciendo:

—¡Oh, no! Yo agradezco la atención, pero... me han ofrecido regalarme otro magnífico, que ya me lo están preparando... ¡Ese sí que será bueno!... Cuando lo reciba y juguemos con él ¡te voy a dar una paliza!...

Y sonreía más, mostrando el domínio de sus dientes blanquísimos.

Lo único que molestaba a mi amigo de su patrón era el trato brusco que daba a su bella consorte. No le permitía que se acercase a verlos jugar, y si alguna vez lo había intentado, la arrojaba de su presencia de malos modos, diciéndole que se fuese de allí, pues le *daba la negra*.

Mi amigo, que es un sentimental de las hembras, por muy negras que sean, empezó compadeciendo a aquella belleza del país unida a semejante chimpancé, y concluyó enamorándose de ella a su modo.

Y como la negra sentía la nostalgia de la variación, por aquello de que en ella está el gusto, tomó afición al blanco hasta hacer con él lo que se hace con los blancos en las verbenas.

El desenlace fué lógico. La negra, que en cinco años de matrimonio no había tenido descendencia alguna, varió de criterio y poco a poco empezó a exhibir el almacén donde guardaba un futuro súbdito del país, sobre cuyo futuro color no podían hacerse juicios, como no pueden hacerse juicios de muchas cosas en este mundo.

Y un buen día, cuando mi amigo regresaba del almacén a casa de sus patronos, se encontró en la calle a una criadita del matrimonio, la cual, muy desolada, le dijo:

—¡Ay, mister Edgard, qué desgracia la nuestra!

—¿Qué ocurre? — preguntó éste, alarmado.

—Que mi señora ha dado a luz...

—¿Sí? Y qué ha sido, niño o niña?

—No lo sé, mister, no lo sé... El señor dice que es un tablero de ajedrez.

Y mi amigo, emprendiendo veloz carrera camino del barco más próximo a zarpar para Europa, exclamó:

—Pues en ese tablero no juega conmigo, ¡por si las moscas!...

FIDEL PRADO.

Nocturno galante

La noche es maravilla, y hay un aire sutil
que acaricia las cosas como un velo de tul.
La carne de la amada es un viejo marfil
en el que pone sombras el bello cielo azul,
que, perdiendo del día el suave tono añil,
las sombras del misterio en la noche tiñeron.

(En el parque, el rumor de las noches de abril,
y en el alma, el recuerdo de las cosas que fueron.)

En esta noche maga, anhelo tus caricias
y tus besos de amor, y tus frases amantes,
para que así, gozando contigo estas delicias,
ver si logro borrar mis recuerdos de antes.

Quisiera detener la vida en este instante;
que siempre fuera noche y conservar tu amor,
tu cabellera en sombras, tu corazón amante
y tus ojeras lívidas cual flores de dolor.

ANGEL DE LAS BÁRCENAS



—¡Perdóname, esposa mía! Ya no saldré más por la noche.

—Lo que hace falta es que me demuestres el por qué no quieres salir.



—¡Chica, este descote de la espalda es demasiado atrevido!
—Pues ni con ese descote tan atrevido consigo que se me declare alguno, aunque sea a traición!

Una conquista como otra cualquiera

El pequeño haz luminoso de la linterna cayó sobre la butaca vacía. Daniel recogió de manos del acomodador su entrada y, dejándose caer en el asiento, se dispuso a ver la película. Se aburría. Era una cinta americana, de caballos y lazos y revólveres y carreras y sustos.

—¡Puaf...!—labió despectivo Daniel.

Marta, la protagonista carecía de atractivo alguno: insignificante el rostro, llevaba el cuerpo totalmente oculto bajo un amplio vestido larguísimo y cerrado—muy cerrado—de escote y con las mangas largas. Antipático el tal vestido. Tan antipático que, una vez que su dueña se encaramaba en un árbol, huyendo de sus perseguidores, no dejó ver ni cuatro dedos más arriba de las ligas a la que tal vez así, hubiese sido menos insignificante.

—¡Puaf, qué asquito...!—murmuró Daniel de nuevo.

Acostumbrado ya nuestro hombre a las tinieblas del salón, percibía bien los contornos de las cosas y de las personas. Y, a veces, ayudados sus ojos por la luz blanca de la pantalla—cuando en ésta se proyectaba una carta, por ejemplo—hasta llegó a distinguir bien a sus vecinos de localidad. Hombres todos. El de su derecha, el de atrás, el de enfrente... ¿El de enfrente también...?

—¿Hombre o... Manolo?—se preguntó Daniel.

Aguzó sus sentidos todos, abrió mucho los ojos, intentó percibir la voz apagada de aquella persona. Y al aspirar fuertemente un suave perfume—más a mujer que a heliotropo—que emanaba de ella, descifró la clave. Mujer, Manolo.

¡Y qué mujer! Acercando mucho la cara por un lado, la vió. La adivinó, mejor dicho. Si aquella criatura tenía más de diecisiete años que le cortasen a Daniel la mismísima cabeza. Mandó, *in mente*, la película a todos los demonios y se dedicó a observar, antes de dar comienzo a su táctica. Sin duda, era novia con el individuo que a su lado estaba. Y habían de estar enfadados.



—El.—¿Ha comprado usted este mico?
—Ella (suspirando).—¡No! Me lo ha dejado aquí un amigo que me prometió casarse.

Muy enfadados, pues apenas respondía ella con algún monosílabo a tal o cual frase indiferente que dirigía él a largos intervalos. Enfadados, sí. Y muy enfadados.

Comenzó, pues, Daniel su plan de ataque suavemente, deslizó las piernas bajo la butaca de ella. Bien. Tras un movimiento instintivo de repulsión y una mirada rápida de su novio—para asegurarse sin duda que nada notaba—, se estuvo quieta. Bien. Con delicadeza summa acarició a contrapelo la nuca maravillosa que, contrastando con el oscuro vestido, destacábase blanquísima, tentadora. Miró la muchacha a su novio. Acaso aquella sonrisa que un momento había florecido en sus labios, quiso decir: “¡Pa que te enteres!” Daniel hacía sus progresos inconcebibles en su plan de ataque. Y ella, la muchachita guapa, habíase pegado al novio insinuante, gachona, disimulando...

¡Cómo se reía Daniel interiormente al ver cómo el individuo creía de buena fe aquella melosidad repentina de su novia! Pero acaso aquella mirada rápida que posó sobre nuestro hombre, preñada estaba de una terrible sospecha... Pero no. No se había dado cuenta.

—¡Imbécil!—murmuró Daniel.

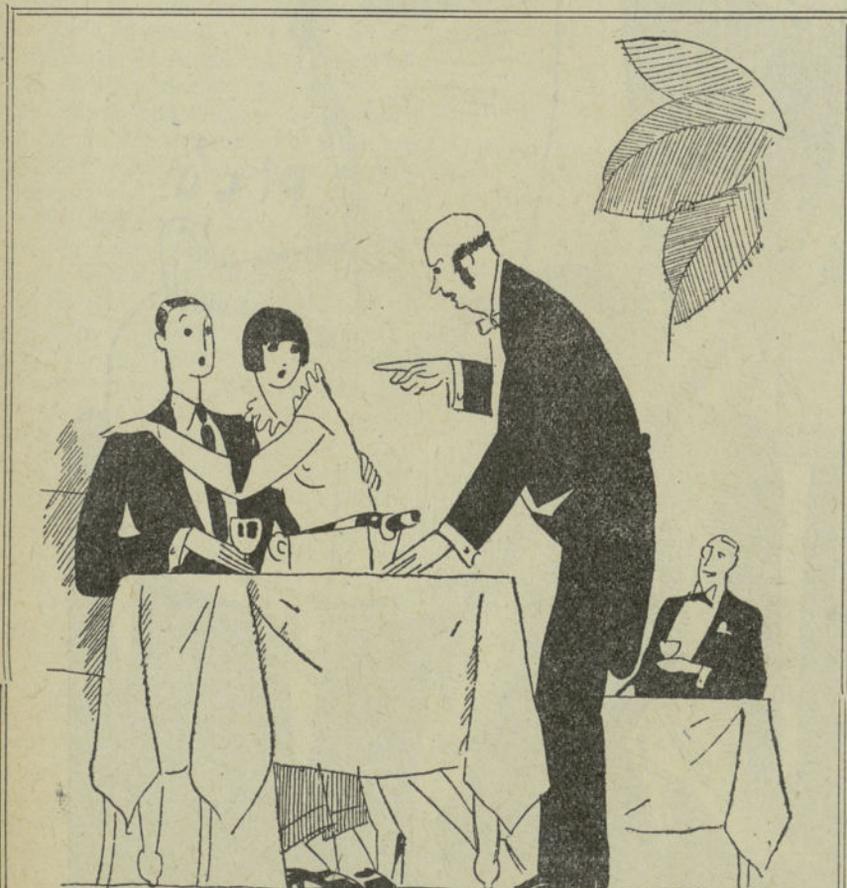
Y continuó, impertérrito, desarrollando su táctica maravillosa...

Concluyó el espectáculo. Ella, pegada a su novio disimulada sabia. Daniel, un poquitín desmadejado, hacía proyectos voráceos para el otro día, cuando, naturalmente, cayese en sus brazos rendida de amor. Pero...

Aquel hombre, volviéndose cortés y afectuoso a Daniel, deslizó sonriente:

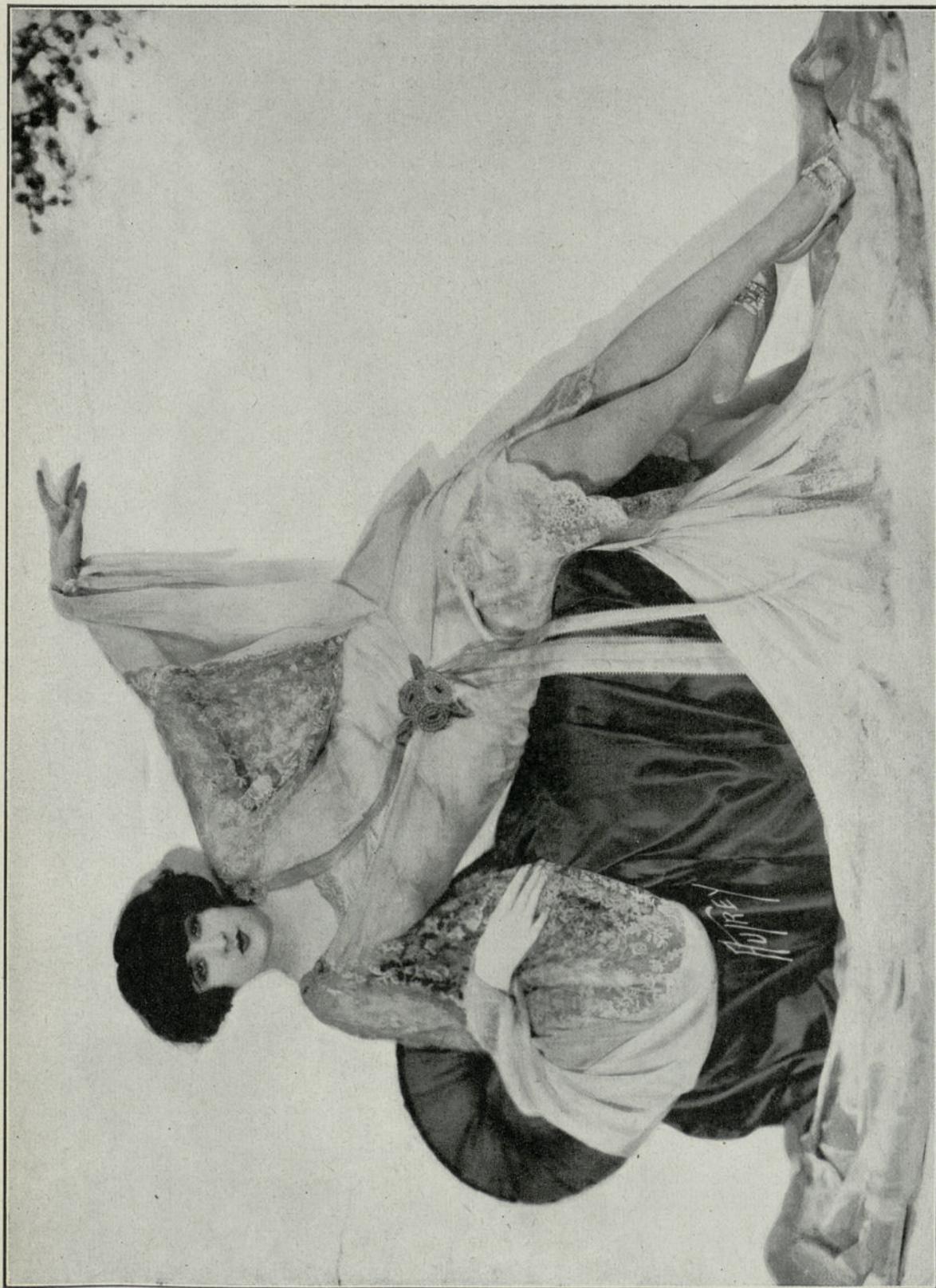
—Bien, muchas gracias, señor. Acaso, acaso, le nombre mi ayudante...

GUSTAVO DEL BARCO



EL HIJO DEL NUEVO RICO

El camarero.—¡Caballero, esas expansiones le pueden costar caras!
El “pera”.—¡Cuesten lo que cuesten, póngamelas en la cuenta!



Margaret Livingstón, la bellísima y notable actriz del Cinematógrafo, en la película "La fortuna ganada".



La graciosísima y aplaudida miss Allen decora sus preciosas piernas con collares de piel. Nosotros ponemos la nuestra a su disposición. No podemos hacer más.